



# *La vida de tu madre sin ti*

Incluye elegantes noches de *bossa nova*, paseos en auto a gran velocidad, clases de psicología con Erich Fromm y una pieza para piano de Schubert  
¿Cuánto sabes de la primera mujer que conociste?

*Un testimonio de Juan Villoro  
Fotografías del archivo del autor*

**M**i madre asegura que pasó dos meses en cama pero nadie recuerda cuándo. Hay una prueba sólida de aquella época de dolor y postración: la cama de hospital que se hizo llevar a la casa. El artefacto, capaz de doblarse en horrendas posiciones, muestra que sufrió con el heroísmo de la más conocida vecina del barrio, Frida Kahlo. Sin embargo, nadie recuerda sus meses de angustia inmóvil. Las escenas que involucran a mi madre son por naturaleza ambiguas. No sé si somos tan felices como las familias que celebran Navidad (ella la odia). En todo caso, nos hemos complicado lo suficiente para creer que los malentendidos son una forma del afecto.

Cuando mis padres se divorciaron yo tenía once años y mi madre treinta y dos. Ella era entonces una belleza que fumaba sin descanso ni placer aparente, como si eso formara parte de una misión de combate. Estaba a cargo del pabellón de día del Hospital Psiquiátrico Infantil y trataba de probar que los coches sirven para asustar a sus usuarios. Su pericia para chocar sin matarse causaba la admiración de su padre, que nunca iba con ella. Yo tuve el privilegio de ser copiloto de sus embestidas.

Durante un tiempo mi madre se dedicó a la liberación automotriz de sus amigas: les enseñó a manejar en las calles de mayor tráfico. Ser independiente significaba conducir su Valiant Acapulco. Como a ellas les daba miedo subir al coche, les decía para calmarlas: «Te tengo tanta confianza que hasta traje a mi hijo». Paralizado de terror, yo fomentaba «confianza» en el asiento trasero. No es de extrañar que la película GRAND PRIX, sobre los avatares de la Fórmula Uno, haya sido para mí una intensa experiencia edípica.

En su época de recién divorciada, mi madre usaba un maravilloso suéter de cuello de tortuga color mostaza, asistía a un seminario con Erich Fromm (nombre que me fascinaba como el de un enemigo de James Bond) y era amiga de Tamba Trío, el grupo de bossa nova que grabó *La chica de Ipanema* y actuó una larga temporada en México. Tal vez por pasar el día con niños oligofrénicos, ni mi hermana Carmen ni yo fuimos raros para mi madre. Mi hermana rozaba la anorexia y yo padecía las noches esquivas del sonámbulo. Ante estas deficiencias, ella reaccionó con irritada impulsividad. Volteó el plato de avena en la cabeza de Carmen y me sacó del grupo de excursionistas Los Amigos del Bosque para impedir que el sonambulismo me llevara del campamento a un lago sacrificial.

Enfrentaba los problemas como la mujer de un pionero, con la urgencia agregada de que en su caso el pionero se había ido para siempre. Mi madre estaba hecha para

impedir que un débil mental se tragara la lengua en un estertor, para trabajar dos turnos y regresar a casa a imponer un rigor esencial. Naturalmente, supe muy poco de la mujer simpática y seductora que desaparecía con exceso de velocidad rumbo a las noches de bossa nova. Su carácter, que yo admiraba como se admira un incendio, no parecía propicio para un ritmo tan ligero, pero mi madre encerraba a otra mujer, inalcanzable, apenas conjetural.

Su misterio tenía que ver con la literatura. Por escrito, la chica de combate era una sentimental absoluta. Había querido ser escritora y estudió Letras Hispánicas, pero se casó demasiado joven, con un filósofo once años mayor que ella, cuya celebridad en las aulas la convirtió de modo paralizante en «la mujer del profesor». Yo llegué al mundo a interrumpir su tesis sobre Azorín y confirmar lo mucho que podían interesarle los problemas mentales. Así, cambió las letras por la psicología. En la medida en que se lo permitió una vida llena de trabajos, estudió hasta doctorarse con una tesis sobre la locura en Strindberg.

Aunque ha luchado para hacer de su interés un caso clínico, no ha dejado de añorar su vocación perdida. Como carece de pretextos literarios, mi madre expresa su pasión en alguna carta, una nota de agradecimiento, un brindis en honor de un jefe o un maestro. En estas redacciones de circunstancia muestra una emoción incontrolada. No puede leer en voz alta sin que la voz se le quiebre. Mi primer texto provino de ese afluente. A los doce años me pidieron una composición sobre el himno nacional, tema tan estimulante que pedí la ayuda de mi madre. Escribió palabras simples para hacerlas pasar por mías. En forma pasmosa, lloró a propósito del himno, e hizo llorar a mi maestra. Durante unos meses me dijeron «el escritor». El apodo me halagó pero no pensé en hacer algo para merecerlo. Muchos años después, la impostura encontraría otro modo de volverse auténtica. La vocación cancelada de mi madre, aquel



*A los doce años me pidieron una composición sobre el himno nacional, tema tan estimulante que pedí la ayuda de mi madre. Escribió palabras simples para hacerlas pasar por mías. En forma pasmosa, lloró a propósito del himno, e hizo llorar a mi maestra. Durante unos meses me dijeron «el escritor»*

manantial intacto y emotivo, me encandiló como un enigma próximo y ajeno. Ella tenía un secreto que la vencía y la tornaba vulnerable.

Nada más difícil que descubrir lo que un ser querido puede ser al margen de nosotros. En un fragmento de su diario, Julio Ramón Ribeyro cuenta cómo espío a su madre: «Oculto entre la multitud, estuve observando ese rostro, sin atreverme a acercarme, porque estaba seguro de que si me divisaba, caería sobre él toda la sombra que era capaz de contagiarme mi presencia. Y por eso me fui, avergonzado, remordido, porque tal vez ése, y solamente ése, era el verdadero rostro de mi madre». He creído vislumbrar ese rostro oculto y perdurable cuando mi madre lee, o cuando piensa las cosas como si pudiera escribirlas. Sólo entonces veo el gesto que brinda a los desconocidos, su rostro despejado, sin sombra de testigos demasiado próximos.

La literatura me interesó al margen de los libros, por lo que mi madre había perdido o cancelado ahí. Otra sorpresa acerca de sus posibles vocaciones llegó el día en que se sentó ante un piano de cola en casa de unos amigos y tocó a Schubert y a Liszt como si fumara las notas con fruición. Ante el asombro de los convidados, mostró la espléndida concertista que no había sido. Su madre había querido dedicarla al piano pero ella se rebeló. Con el primer cigarro, dejó el teclado. Sin embargo, sabía de memoria algunas obras de febril inspiración, ideales para desordenarle los cabellos como una alegoría de su temperamento. Mi madre heredó el talento para el piano de un tío abuelo que estudió en Lisboa con un discípulo de Liszt, pero repudió la música porque se trataba de una maravilla impuesta. Sólo le entusiasmaba lo que no había podido ser.

La vida avanza hasta volverse sobre sí misma como una perversa reiteración. De pronto, padres e hijos invierten sus papeles. Mi madre sigue siendo indómita, de modo que su dependencia es relativa. Incluso nuestra memoria común está en disputa. Cuando le recordé que me había escrito aquella composición sobre el himno nacional, diagnosticó que se trataba de un «recuerdo encubridor». Ella jamás se hubiera prestado a esa engañifa. «Nunca serás un escritor realista», agregó con orgullo, quizá pensando en su admirado Azorín. Lo dicho: la vida está hecha de malentendidos. Ella jura que pasó meses maltrecha en una cama, pero ninguno de sus testigos se dio cuenta.



*Su pericia para chocar sin matarse causaba la admiración de su padre, que nunca iba con ella. Yo tuve el privilegio de ser copiloto de sus embestidas*

Las fotos de infancia son una especie de más allá. Imposible creer que seamos los de entonces. ¿Qué futuro puede tener ese pasado? El de la reanudación, según explica Kirkegaard: «Reanudación y recuerdo son un mismo movimiento, pero en direcciones opuestas: porque lo que uno recuerda ha ocurrido: así pues, se trata de una repetición que vuelve hacia atrás; mientras que la reanudación propiamente dicha sería un recuerdo que vuelve hacia delante». Imposible bajar del coche hiperveloz cuyo volante no controla. Reanudar: volver hacia delante. ♦

# Potencie con eficacia sus relaciones comunitarias

**Diálogo • Respeto • Acuerdo  
Confianza • Armonía social**

Para lograr RELACIONES SOCIALES ARMÓNICAS primero hay que CONOCERSE • La CONFIANZA es el elemento básico para cualquier ACUERDO • DIÁLOGO ES ENTENDIMIENTO: saber comprender y saber dar respuestas • RESPETO es la actitud EN TODO MOMENTO • PREVENIR EL CONFLICTO es solucionarlo cuando aún es pequeño, cuando aún no existe.

Calle Federico Villarreal 581 - San Isidro

Telefax: 441-3693 / 440-1404

C. 998 441 268 / gj@gsp.org.pe

